

La aventura americana del grupo Tábano

Jerónimo López Mozo

Corrían los últimos días de julio de 1973. Los dieciséis miembros de Tábano, ligeros de equipaje y escasos de efectivo, salieron de Madrid camino de Luxemburgo repartidos entre la desvencijada furgoneta del grupo, un Robert 75 propiedad de uno de ellos y un Volkswagen prestado de los llamados escarabajo. Fue un viaje plagado de contratiempos, el más grave la avería del vehículo colectivo, que concluyó varios días después, sin un duro en el bolsillo, en el aeropuerto de Luxemburgo, en cuyo aparcamiento al aire libre dejaron la furgoneta sin demasiadas esperanzas de encontrarla a su regreso. Allí embarcaron en un avión que, tras un par de escalas, les llevaría a Nassau, donde otro avión les trasladaría en vuelo charter a Bogotá. De nuevo por vía aérea y viviendo de prestado, saltaron a la ciudad colombiana de Pereira y, ya en autobús, recorrieron los últimos cincuenta kilómetros que faltaban para llegar a su destino: Manizales. De este modo, el grupo independiente desembarcó, seis días después de su salida de España, en Hispanoamérica. El motivo de tan largo e incómodo viaje era responder a la invitación formulada por el prestigioso Festival Latinoamericano de Teatro de Manizales para representar *Castañuela 70* y *El retablillo de don Cristóbal*, piezas con las que la compañía había cosechado grandes éxitos, no sólo en España, sino en los países europeos con mayor presencia de emigrantes y exiliados españoles. A cambio, la organización se hacía cargo del alojamiento, la manutención y el desplazamiento desde Luxemburgo. Escasa remuneración, sin duda, pero suficiente para quienes veían en aquella aventura la posibilidad de conocer, de primera mano, siquiera parcialmente, la realidad latinoamericana, tan agitada social, política y culturalmente.

La estancia en aquellas tierras, que no debía durar más de dos semanas, se prolongó otras seis más, durante las cuales actuaron en Bogotá, San Juan de Puerto Rico y Caracas, ciudades en las que también se celebraban festivales de teatro. Eso les permitió seguir a través de la

televisión venezolana, junto a un grupo de conmocionados colegas chilenos, el golpe de Estado contra Salvador Allende. Salvo las jornadas portorriqueñas, en la que gozaron de comodidades casi olvidadas, las demás transcurrieron, en lo material, con más penalidades que satisfacciones. Dormían en literas y catres en alojamientos de mala muerte, la comida era escasa y mala y alguno hubo de pasar por el hospital para ser atendido. Se produjeron, como no podía ser menos, un par de deserciones pero, contra toda lógica, fueron más los que decidieron quedarse a vivir en aquellas tierras. El resto, cumplido el objetivo primero del viaje y los compromisos que fueron surgiendo sobre la marcha, regresó a España. En el aeropuerto de Luxemburgo encontraron la furgoneta donde la habían dejado y en ella emprendieron el tramo final de viaje. Una nueva avería, ésta sin remedio, les obligó a abandonar la *furgona* —así llamaban al vehículo— y continuar cada uno por sus medios.

Todo esto se cuenta en un libro de reciente aparición titulado *Castañuela 70. Esto era España, señores* (Madrid, Rama Lama Music, 2006) publicado con motivo del 35 aniversario del estreno en Madrid de aquel espectáculo creado al alimón por el grupo teatral Tábano y el musical Las Madres del Cordero. Pero también se cuentan otras cosas que tienen que ver con el quehacer teatral y con cómo aquella gira fue muy importante para el futuro del colectivo. No puede decirse que las actuaciones empezaran con buen pie. A pesar de que, en lo esencial, los planteamientos del trabajo de nuestro grupo se inscribían en las mismas coordenadas que los de los grupos que encontraron al otro lado del Atlántico, sus espectáculos, en especial *Castañuela 70*, considerado en España como un auténtico terremoto político y social, allí fue visto como una propuesta formalmente correcta, pero con escasa sustancia crítica. Como recuerda José Monleón en las páginas que comentamos, aquellos países vivían inmersos en un tenso debate político desde el triunfo de la Revolución cubana, en el cual participaba muy activamente el teatro independiente. La cuestión que estaba sobre el tapete era si el escenario debía ser un espacio para la manifestación artística o una tribuna desde la que dirigir mensajes políticos a una sociedad necesitada de información. Por eso no resultaba sorprendente que, casi siempre, las funciones concluyeran con la celebración de debates y asambleas, a veces cargadas de violencia, en las que las preferencias se inclinaban por la segunda opción. Ése fue el panorama que encontró Tábano y esa fue la razón de la tibieza con que fue recibido por cier-

tos sectores del mundo teatral latinoamericano. Lo sucedido cayó como un jarro de agua fría sobre el grupo, lo que provocó una seria discusión entre sus miembros, resuelta con la decisión de que, desde aquel momento, dejaba de existir como colectivo, aunque todos se comprometieron a cumplir los compromisos profesionales contraídos. No obstante, a pesar del desesperanzador comienzo, el balance de la gira fue positivo. Además de en los festivales señalados, actuaron, siendo bien acogidos, en universidades, en las sedes de compañías locales, en la calle, en fábricas y en otros lugares tan singulares como el barrio Policarpa, de Bogotá, conocido entonces como la «segunda república» de Colombia por las dificultades de las autoridades para controlarle, o en el patio de la Cárcel Ditistral de la misma ciudad, ante cerca de seiscientos presos políticos y comunes. En total, veintiséis representaciones que fueron vistas por cerca de once mil espectadores.

A pesar de la decisión tomada, Tábano no desapareció, aunque tampoco volvió a ser el mismo. A poco de regresar a España, la formación se redujo a casi la mitad. Buena parte de los que causaron baja continuaron su actividad escénica incorporándose a otros proyectos o creando nuevos grupos. Los que en aquellos años seguíamos atentamente su trayectoria podemos dar fe de que lo vivido en América influyó en su quehacer. La experiencia resultó, sin duda, enriquecedora. Espigando en las más de cuatrocientas páginas del libro, en las escritas por los protagonistas del viaje encontramos no pocos testimonios de que así fue. Sin disimular la nostalgia, muchos declaran que aquella aventura fue el acontecimiento más importante de sus vidas. Como afirmaba Ángel García Pintado, regresaron heridos de visiones americanas y con ansias de hacer.

Viniendo como venían de un país amordazado por la censura, quedaron sorprendidos por la pasión y libertad que presidía el trabajo de aquellos teatristas. Esa fue una de las muchas y útiles lecciones aprendidas, aunque, ya en casa, la dura realidad se impuso recordándoles que la deseada libertad estaba prohibida, aunque, eso sí, nadie pudiera poner freno a su pasión. También se percataron de la necesidad de dotarse de una formación teórica, allí muy sólida, que no dejara exclusivamente en manos de la intuición la creación de los espectáculos. Pero, sin duda, uno de los mayores logros del viaje fue un mejor conocimiento que el que se tenía de la práctica de la creación colectiva, adquirido a través del trabajo de compañías tan asentadas como La Candelaria o el Teatro Experimental de Cali. En los siguientes espec-

táculos de Tábano o en los ofrecidos por los grupos que surgieron de él, estaba presente la influencia latinoamericana, aunque entonces muchos no lo percibieran. Puede decirse que, en general, estas enseñanzas fueron asimiladas por buena parte del teatro independiente español, cuya andadura se había iniciado pocos años antes.

El desembarco americano de Tábano y de otros grupos españoles, posible gracias a su tesón y a la ayuda prestada por gentes ligadas a la actividad escénica, contribuyó a construir nuevos y cada vez más sólidos puentes entre las dos orillas, que vinieron a sustituir a los transitados por las compañías que representaban la cultura oficial de la dictadura franquista. Eran puentes por los que muy pronto se circuló en ambas direcciones y que, con la llegada de la democracia a España, fueron ensanchándose gracias, en buena medida, al irregular y no siempre generoso apoyo institucional. Ese continuo ir y venir de grupos y de personas creó un tejido común tan resistente que, con el paso del tiempo, no ha sufrido desgaste alguno. Si esos puentes han servido para dar fluidez al intercambio cultural; y a desarrollar proyectos en colaboración, también lo han sido de solidaridad cuando los avatares políticos sufridos por algunos países hispanoamericanos lo han exigido. España ha sido tierra de acogida para los que escapaban de las dictaduras militares que han assolado buena parte de Hispanoamérica en décadas recientes, como en otros tiempos aquellos países lo fueron cuando miles de españoles tuvieron que exiliarse como consecuencia de nuestra guerra civil. Que el recibimiento dispensado a los profesionales de la escena haya sido más generoso y sin las reticencias que han acompañado al de otros ciudadanos llegados de allá empujados por los mismos motivos, debe mucho a los estrechos lazos establecidos entre las gentes de teatro de ambos lados del charco tras la aventura americana de Tábano, cuando en España soplaban malos vientos para la libertad de expresión. No es gratuito que alguien con un punto de exageración y bastante buen humor calificara aquel viaje como el otro descubrimiento de América.